

El Misterio de la Cueva

Judy Goldman

Aventuras en la Era Mesozoica

El Misterio de la Cueva

Ilustrado por Rubí Juárez.



www.mundointeractivo.org

Mundo Interactivo®

Serie de lectura: “Aventuras en un libro”

Primer título: El Misterio de la Cueva.

Autor: Judy Goldman.

Ilustración de portada e interiores: Rubí Juárez

Derechos Reservados por Centro de Educación Científica S.A. de C.V.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, parcial o total, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, de grabación o de otro tipo, sin previa autorización por escrito del editor.

Ventas por volumen y para información relacionada con esta publicación o para autorizaciones, favor de enviar un mensaje con su petición a:

info@mundointeractivo.org
www.mundointeractivo.org

ISBN: 9781093502619 (KDP)

Primera edición impresa: enero 2019

Segunda edición impresa: abril 2020

Mundo Interactivo® y demás logos y nombres comerciales, personajes y nombres son marcas registradas de Centro de Educación Científica S.A. de C.V.

Aventuras en la Era Mesozoica

El Misterio de la Cueva

CONTENIDO

Acerca del autor.	8
La caja de experimentos de Mundo Interactivo®	9
1. El libro	11
2. La noticia en la radio	
3. La cueva	
4. Miss Lolita	
5. Triceratops y Tiranosaurio rex	
6. La aventura	
7. Un mundo diferente	
8. Encuentro peligroso	
Epílogo	
¡Actividades!	
NOTAS	23

Aventuras en la Era Mesozoica.



Mundo Interactivo® es una organización mexicana que desde el año 2000 lleva a los niños y niñas la enseñanza vivencial e indagatoria de la ciencia, utilizando gran variedad de actividades interactivas y talleres dinámicos y divertidos. Esta es su misión y se siente halagado de compartirla.

Con este libro, **El Misterio de la Cueva**, primero de la serie titulada **Aventuras en un Libro**® y a través de los programas **Aventuras en el Aula**®, **Imagina y Descubre**®, **Estaciones de Diversión**® y la **Fiesta de Mundo Interactivo**®, buscamos enriquecer la capacidad de las niñas y los niños para descubrir, entender y saber más acerca del mundo que nos rodea.

El propósito de la serie **Aventuras en un Libro**® es impulsar en los niños y niñas su natural aspiración a soñar lo inimaginable, a motivar su deseo de aprender, a vivir emocionantes aventuras a través de la lectura y, así, alentarlos a que alcancen sus estrellas.

Para conocer acerca de **Mundo Interactivo**® y de sus diferentes programas para aprender y jugar con la ciencia y llevarlos a tu casa, centro escolar, institución, empresa o actividad profesional, te invitamos a visitar nuestra página web o a enviarnos un mensaje.

www.mundointeractivo.org

info@mundointeractivo.org

2018. Todos los derechos reservados. **Mundo Interactivo**®, nombres comerciales y logotipos son marcas registradas y los programas y contenidos educativos y de entretenimiento son propiedad de Centro de Educación Científica S.A. de C.V., en los términos de la Ley de Propiedad Industrial y Derechos de Autor.

Acerca del autor.



Judy Goldman (México, D.F.) es autora de cuentos y cerca de 50 libros para niños publicados en México, Colombia, Brasil, Alemania y los Estados Unidos.

Desde chica, y gracias a padres lectores que la rodearon de libros y le leyeron mucho, se enamoró de los libros. Desde entonces, vive con la nariz metida en ellos y rara vez sale de su casa sin uno. También le leyó montones de cuentos y novelas a sus hijos, Ilán y Daniel, y se divertieron mucho aprendiendo sobre dinosaurios, hoyos negros y planetas, minerales, cristales y tiburones; así como explorando el jardín de su casa, viviendo aventuras en alguno de los parques y lugares que visitaban y yendo a museos y sitios arqueológicos.

Le encantan los mercados, comer tacos y ceviche, la nieve de fresa y de guanábana, los chocolates con menta y el chocolate amargo (pero no demasiado amargo), los animales en general y los perros en especial y los insectos (aunque de lejitos).

Ella y su esposo viven con *Sabrina*, una perrita corgi, en un departamento en lo alto de una de las montañas que rodean la Ciudad de México.

Su página web es www.judygoldman4kids.com

El Misterio de la Cueva

La caja de experimentos de Mundo Interactivo®

¡Bienvenido a esta extraordinaria aventura en la Era Mesozoica!, ¡Si!, la época en la que los dinosaurios eran los amos del planeta y que lo habitaron por más de 165 millones de años.

El Homo sapiens, considerado como nuestro antepasado directo, tiene una antigüedad de tan sólo 200 mil años. Nos faltan nada más y nada menos que 165 millones de años para vivir el mismo tiempo que duraron los dinosaurios.

La caja de experimentos, complemento de este libro, está diseñada para jugar y hacer una serie de actividades y experimentos para que sea emocionante y divertida tu lectura. Así la vivirás con tus cinco sentidos.

Disponible solo en México.

Capítulo 1

El libro

¿Qué les parece que mi maestra, un libro, una cápsula de ciencia escuchada en la radio y una cueva oscura y misteriosa casi nos cuestan la vida a mis tres mejores amigos y a mí?

Por poquito no la contamos y, aunque les diga lo que pasó, creo que no me van a creer... ¿O sí?

Todo empezó una apacible mañana.

Era primavera y afuera los pájaros cantaban mientras los rayos del sol se colaban entre las tiras de la persiana de mi recámara. Uno me dio justo en el ojo izquierdo. Me tapé la cabeza con la cobija, y me acurruqué, listo para dormir unos minutos más, pero en eso oí unos pasos y el rechinado de la puerta al abrir.

Papá se acercó a mi cama, me dio un beso y un segundo después jaló la cobija y me destapó.

–Cose, es hora de levantarse –dijo–. Dicen que Miguel de Cervantes¹ afirmaba: “Quien no madruga con el sol no disfruta de la jornada”, y es cierto.

–¡No, papá! –exclamé tratando de jalar la cobija hacia mi barbilla–. Dile a ese tal Cervantes que quiero dormir un rato más. Además, es demasiado temprano.

Pero papá no dijo más. Simplemente detuvo la cobija y hubo un largo silencio. Cuando abrí el ojo lo vi con la ceja izquierda levantada y la mirada fija en mí.

Yo sabía lo que significaba esa mirada.

No me quedó más que levantarme, aunque estaba desvelado y con unas grandes ojeras, ¡y todo por culpa de él!

Sí, fue culpa de él y también de mamá. Sí, de ellos dos, porque unos días antes, cuando regresaron de compras, papá llamó:

–¡Francisco José! ¡Cose! Ven, tenemos una sorpresa para ti.

Me encantan las sorpresas, así que dejé la tarea de matemáticas y corrí a la cocina, donde entre los dos desempacaban y guardaban en el refrigerador la fruta, el

¹ Miguel de Cervantes Saavedra, novelista español (1547-1616) considerado la máxima figura de la literatura española, autor de *El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, una de las más grandes obras de la literatura universal.

pollo, el pescado, las verduras y los huevos que habían comprado.

–¿Qué me trajeron?

–Cierra los ojos y pon las dos manos juntas –pidió mamá.

Lo hice de inmediato y me puso en las manos algo tan pesado que casi lo suelto.

Abrí los ojos y al ver lo que era sonreí tanto que creí que mi sonrisa se tragaría mis orejas.

Era un libro grande, muy gordo, que tenía en la portada la ilustración de un feroz *Tyrannosaurus rex* con las fauces abiertas, llenas de puntiagudos dientes chorreando sangre, y a punto de darle una mordida letal a un *Triceratops* más pequeño que, boca arriba en la tierra, peleaba desesperadamente por salvar su vida. Estaban en un bosque de altos árboles. A lo lejos se veía un lago y, detrás, un volcán que arrojaba una enorme nube de humo y cenizas. El título era *Dinosauria actual. Los más recientes descubrimientos sobre los dinosaurios y su mundo*, por el doctor Pedro Petrusianini, experto en el tema y autor de varios libros que tengo en mi librero.

Me encantó de inmediato.



Los dinosaurios son lo más genial del mundo y mi cabeza está llenísima de un montón de datos sobre ellos. Sé en qué época y dónde vivieron, qué comían, de qué tamaño eran y cómo se cree que se comportaban, porque los han comparado con algunos animales actuales.

Siempre me gustó la ciencia, especialmente la biología. Creo que eso tiene que ver con que en la escuela nos la enseñan de una manera muy padre, que a mamá y papá también les gusta y que, desde que era chiquito, además de ver caricaturas en la televisión, los tres veíamos documentales sobre plantas, insectos, animales y el universo. Seguimos haciéndolo.

Mi pasión por los dinosaurios empezó una tarde, cuando yo tenía cuatro o cinco años, me acuerdo perfecto. Mamá y yo, sentados en el sofá y frente a la televisión, buscábamos qué ver. Ella accionó el control remoto y lo apuntó a la pantalla. Pasamos caricaturas, películas y noticieros, hasta que puso un programa que se llamaba *Planeta mesozoico. Un mundo extinguido*.

En la pantalla apareció un animal muy raro. Su cabeza, rematando un cuello larguísimo, era muy pequeña en comparación con el resto de su cuerpo y se alzaba sobre las copas de los árboles y parecía tocar las nubes. Con la boca arrancaba hojas y ramas y se las tragaba mientras se mantenía alerta, volteando la cabeza de un lado a otro.

Me emocioné de inmediato y exclamé:

—¡Guau! ¡No le cambies, mamá!

—¿Estás seguro, Cose? —preguntó ella—. Hay un programa sobre cachorros en otro canal.

Asentí con la cabeza sin quitar los ojos de la pantalla.

El narrador dijo: *Este es un argentinosaurio. Los fósiles, encontrados en la Patagonia, en Argentina, son muy pocos, pero debido a su tamaño se cree que fue uno de los herbívoros más grandes que existieron en la Tierra. Se calcula que llegó a medir 33 metros de largo: más o menos lo que medirían veintidós bicicletas para niño colocadas una tras otra. ¿Se imaginan el tamaño de ese animal?*

De repente una enorme cabeza llenó la pantalla de la televisión. Era como si estuviera en mi casa: levantó el hocico, olfateó el aire, me miró fijamente y luego abrió tanto la boca que lo único que vi fueron sus afilados dientotes.

Grité, brinqué como un metro y traté de esconderme detrás de mamá.

—No te asustes, Cose —dijo abrazándome—. Es un *Tyrannosaurus rex* y vivió hace tanto tiempo que no te puede hacer nada.

La fascinación me ganó y, aunque me quedé pegado a mamá, vi el resto del programa casi sin parpadear.

Tan fascinado estaba, que comía, dormía y respiraba dinosaurios. El tiranosaurio se convirtió en mi favorito. Me aprendí hasta los nombres más difíciles. El librero de mi cuarto se llenó de libros sobre dinosaurios y de juguetes de plástico que mis padres me compraban en los mercados. En el techo sobre mi cama pegué un poster con tachuelas de

un pterodáctilo con las alas y las garras extendidas y el pico abierto, como si descendiera del cielo hacia mí para pescarme y llevarme a quién sabe dónde. Por alguna razón siempre pensé que era hembra y le puse de nombre Petronila.

Lo que más me gustaba era soñar despierto con un planeta donde los dinosaurios estuvieran entre nosotros. En ese mundo mi mascota era un tiranosaurio bebé que me seguía por la casa como perro y dormía en mi cama, se montaba en el lomo de un apatosauro para alcanzar las copas de los árboles y jugaba a las luchitas con unos *Compsognatus* como si fueran gatos.

Fui creciendo, pero las paredes de mi recámara siguen igual: Petronila sigue buscándome cada mañana para llevarme a quién sabe dónde, en los estantes hay más libros, y los juguetes... bueno, esos todavía los tengo. Un día estaba a punto de meterlos en una caja para regalárselos a mis primitos, pero no pude y mejor los metí al clóset.^{1, 2}

El libro que ese día mis papás me regalaron fue estupendo. Bailé unos pasitos, les di las gracias con un abrazo, lo estreché entre mis brazos, subí las escaleras de dos en dos, corrí a mi recámara, dejé el libro sobre el buró, me quité los zapatos, los aventé a una esquina, me acosté cómodamente en la cama con la cabeza en la almohada y empecé a leer y a llenarme la cabeza de más y más información. ¡Uf, no sé cómo le hace mi cerebro para

almacenar tanta información aparte de todo lo que ya hay ahí dentro!

Más tarde mamá me llamó para que bajara a merendar y entre los tres preparamos quesadillas con mucha salsa picosa, chocolate caliente y pan dulce. Mientras tanto yo les platicaba, casi atropellando las palabras por tanto que quería comentarles, de lo que ya llevaba leído. En cuanto terminamos de cenar regresé a mi cuarto para seguir dándoles la vuelta a las hojas, aprendiendo más sobre los dinosaurios, los fósiles y quienes los estudian (los paleontólogos), hasta que, pasada la hora de dormir, llegó papá, me quitó el libro de las manos y apagó la luz.

–Cose, es hora de descansar –me dijo–. Mañana hay que levantarse temprano para ir a la escuela.

–Sí, papá –respondí. Me acosté de lado y obedientemente cerré los ojos.

Obvio, en el momento en que salió de mi recámara y cerró la puerta abrí los ojos y, cubierto con la cobija y alumbrando el libro con la linterna, seguí leyendo hasta que el sueño me venció y me quedé dormido.

Así fue durante varias noches: me dormía tarde, me levantaba temprano y bostezaba a cada rato. Me salieron unas bolsotas enormes abajo de los ojos, pero no había forma de dejar el libro. Mamá y papá me preguntaron varias

veces si me sentía bien; les dije que no pasaba nada, pero de todos modos me veían con cara de preocupación. Mamá dijo que si no mejoraba me llevaría al médico.

Negué con la cabeza y (como no se me ocurrió otra cosa) exclamé:

—No, mamá, no me tienes que llevar al doctor. Es que miss Lolita me dejó un trabajo...

—Entonces iré a la escuela para decirle a miss Lolita que gracias a ese trabajo no estás durmiendo bien.

—¡No! No hagas eso, ya lo terminé. Además, no quieres meter a miss Lolita en problemas por ir a quejarte de ella, ¿verdad? Imagínate si la despiden por culpa tuya...

Mamá hizo una mueca pero concluyó:

—Está bien, Cose, pero me tienes que prometer que hoy te dormirás temprano. Si no, te aseguro que, pase lo que pase, mañana iré a la escuela.

“Uf, me salvé”, pensé.

Claro que tenía todas las intenciones de cumplir mi promesa y dormirme temprano porque, la verdad, estaba muy cansado. Pero esa noche, en cuanto papá apagó la luz y salió de mi cuarto, cerré los ojos y me acordé de que el siguiente capítulo era sobre los paleontólogos... y ni modo que no lo leyera.

Los paleontólogos saben montones sobre biología, fósiles, piedras y las capas de la Tierra. Yo los imagino como detectives, pero en shorts y con sombrero de safari, como cazadores, que se dedican a localizar pistas de animales y seres que vivieron hace mucho tiempo.

Su trabajo es difícil. Los fósiles no se encuentran con frecuencia, pues no todos los dinosaurios, plantas, e insectos de épocas pasadas se convirtieron en piedra: eso sólo ocurre en condiciones especiales. Por eso, me imagino que si encuentran un hueso o una gran parte de un esqueleto fosilizado han de gritar, desmayarse de la emoción y bailar como locos. Yo haría lo mismo, aunque todos crean que estoy chiflado.^{3, 4, 5}

De nuevo hice mi tienda de campaña con la sábana y la cobija, agarré la linterna y me puse a leer hasta que, de repente, se me prendió el foco y me di cuenta de que lo mío sería estudiar paleontología.

Casi salto de la cama gritando “¡Sí!”, pero me detuve justo a tiempo: me acordé de que mis papás pensaban que yo estaba dormido como un angelito en mi cama. Si supieran...

Como todos los niños, de más chico a cada rato cambiaba de parecer sobre lo que sería de grande. Un día quería ser bombero, otro día piloto de coches de carrera y una vez hasta mago. A veces quería ser astronauta para ir a Marte, jugar beisbol en las ligas mayores... Después de ver

un programa en la televisión sobre una mujer que preparaba unos pasteles padrísimos, decidí que sería chef de postres. Pero ahora me di cuenta de que, si me interesaba tanto el tema de los dinosaurios, lo que debía hacer era estudiarlos a fondo.

En el libro observé una ilustración con las herramientas que usan los paleontólogos y decidí reunir las. Me levanté de la cama para hacerlo de una vez: ¿qué tal si un día encontrara unos huesos de dinosaurios en el jardín de mi casa, en el parque o en el siguiente lugar adonde fuéramos de vacaciones? Era necesario tener todo lo necesario para desenterrarlos si eso pasaba.

Prendí la luz del buró y agarré mi mochila roja. Siempre está cerca de mí (aunque vaya al cine, a jugar beisbol o esté dormido en mi cama) porque ahí traigo cosas importantes, como una lupa para ver mejor a los insectos y plantas que encuentro en mi camino, un paliacate rojo para secarme el sudor o para lo que se ofrezca, una botella de agua, un lápiz, un sacapuntas y un cuaderno para apuntar cosas que me llaman la atención.

Sin hacer ruido, busqué las herramientas entre todo lo que hay en mi cuarto, debajo de la cama, en los cajones del escritorio y en el clóset (ahí encontré un sándwich, verde y maloliente, que había perdido hacía tiempo). No encontré todo, pero poco a poco metí en la mochila roja lo que había a la mano: una brocha, un pequeño martillo, unas pinzas de punta, mi linterna, un sombrero, cerillos, un

cordel y, como siempre me da hambre, unas barras de cereal y varios chocolates. Abrí la puerta de mi recámara, teniendo cuidado de que no rechinara, y me fui de puntitas a la cocina para buscar un tenedor para mango (no había en ninguna parte de la casa un pico como los que usan los paleontólogos) y dos manzanas. De regreso en mi cuarto, coloqué todo en la mochila; con todo lo que ahora cargaba, apenas hubo lugar para mis cuadernos y mi libro nuevo.

Cuando me quedé dormido soñé que era un reconocido paleontólogo que descubría el fósil de un nuevo tipo de dinosaurio, hasta que, esa apacible mañana de primavera, papá me despertó y, sí, mi vida cambió.

Informes acerca de esta publicación:

info@mundointeractivo.org

www.mundointeractivo.org

NOTAS

¹ Los dinosaurios se clasifican en tres grupos: los herbívoros, que comían plantas; los carnívoros, que se alimentaban de carne, y los omnívoros, que comían de todo. Los herbívoros tenían dientes planos, que les ayudaban a masticar y triturar las plantas, y los carnívoros tenían dientes afilados como cuchillos, lo que les permitía arrancar la carne de su presa.

² Había dinosaurios de muchas formas y tamaños: unos tan pequeños como una gallina y otros tan gigantescos que nunca hubo animales tan grandes como ellos en el planeta.

³ Los paleontólogos buscan los restos de seres como insectos, moluscos, plantas y, en especial, dinosaurios. A través de millones de años, esos restos se convirtieron en piedra, es decir, formaron fósiles que ahora nos dan pistas de cómo eran.

⁴ Hay procesos de fosilización todavía en la actualidad. Es posible imaginar que dentro de millones de años unos

paleontólogos encuentren fósiles que se están formando en este momento.

⁵ Para que se convirtiera en fósil, el ser tenía que morir o quedar atrapado en el fango de un pantano o cerca de un río o un lago donde, debido a fuertes lluvias, las aguas se desbordaban e inundaban las tierras cercanas. Todo se cubría de capas de sedimentos que a través de los años se convertían en una copia exacta, pero hecha de minerales. Esto tenía que suceder de manera casi inmediata para que la tierra o arena protegiera estas partes del animal o planta.